

Homilía de **FERNANDO QUINTANO, C. M.** en la Misa-funeral
(Boletín Informativo de la Provincia de Madrid, Junio-Octubre 2009, Nº 286)

Queridos Misioneros paúles, queridas Hermanas y demás familiares y amigos de nuestro P. Demetrio:

Una vez más, estamos reunidos en esta capilla de la Comunidad para celebrar nuestra fe en Cristo muerto y resucitado. Porque es desde la contemplación y celebración de ese misterio, de donde brota la luz que ilumina el acontecimiento que nos reúne: celebrar también en la fe la muerte de nuestro hermano, el P. Demetrio.

Sí, queridos hermanos, terminamos de escuchar el mismo evangelio que proclamamos ayer al hacer memoria de Santa Marta: Jesús le asegura que su hermano Lázaro resucitará, porque Él es la resurrección y la vida, y quien cree esto no morirá para siempre. Marta hace un acto de fe confesando a Cristo como el Hijo de Dios y Salvador del mundo.

También nosotros confesamos hoy, una vez más, nuestra fe en Cristo muerto y resucitado, y en su poder para transformar nuestro frágil cuerpo en cuerpo glorioso como el suyo.

Sí, ese cuerpo del P. Demetrio tan deteriorado y minado por su larga enfermedad, y que hoy vamos a enterrar, lleva una semilla de inmortalidad -la fe en Jesucristo- y está destinado para la vida para siempre en Dios, atraído por Cristo el primero de los resucitados.

El P. Demetrio ha muerto a la edad de 72 años, 55 como miembro de la Congregación de la Misión, y 47 de ellos como sacerdote. Su ministerio, casi exclusivo, ha sido la enseñanza: en la Apostólica de Tardajos (Burgos) en dos etapas distintas, y períodos más breves en Andújar (Jaén) y en el Colegio de Limpias (Cantabria). Responsable y trabajador, hábil para diversas tareas manuales, con un gran sentido del deber.

En el año 2001, al cesar las actividades de la escuela Apostólica de Tardajos, se incorpora a nuestra Comunidad pasando la mayor parte de este tiempo en la enfermería. Mientras su enfermedad se lo permitió, participaba en la Eucaristía diaria con los demás compañeros de la enfermería, y siguiendo la Exposición del Santísimo Sacramento y el rezo del Rosario de la Basílica de la Milagrosa. Y, en los últimos tiempos, recibiendo la comunión en su habitación. Pasaba largos ratos sentado a la ventana mirando al jardín y a los que entraban y salían. Todos somos testigos de su fortaleza y vitalidad, que le hacían sobreponerse a las frecuentes crisis graves que ha padecido.

Al ver el estado de deterioro en que se encontraba y los sufrimientos por los que ha pasado, más de una vez habremos pensado: ¡cuánto cuesta morir, a veces;

cuánto dolor es capaz de soportar el ser humano! Quiera Dios que el P. Demetrio lo haya vivido unido a Cristo crucificado.

Queridos hermanos, la lectura de la primera carta del apóstol San Juan nos decía: “Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3, 1-2). Nuestro hermano Demetrio, desde un horizonte más alto y luminoso que el que divisaba desde su ventana, habrá descubierto ya en plenitud quién es Dios, qué significa ser sus hijos y cuál es la gloria a la que nos ha destinado. Oremos para que así sea.